

Tiempo y modernidad. Los desajustes entre técnica y existencia desde una lectura pedagógica

Time and Modernity. The imbalances between Technique and Existence from a Pedagogical reading

Gastón Hernán Guevara

Universidad Nacional de San Luis

San Luis, Argentina

gastonhguevara@gmail.com

Resumen

Durante la modernidad se gestó gran cantidad de cambios (o rupturas). Con ellos surgió el ideal de progreso que impregnaría todos los ambientes de la época. Nosotros nos detendremos a analizar uno de esos cambios, a saber, la concepción y la actitud frente al *tiempo*. Intentaremos mostrar cómo se presenta, sobre todo desde la Revolución Industrial, una *aceleración* del tiempo, respecto de épocas anteriores. Examinaremos cómo el desarrollo de la ciencia y de la técnica juega un papel vital en dicha aceleración, que va produciendo ciertos desajustes con la existencia del hombre. Concomitante y como consecuencia de ello, mostraremos cómo esta lógica utilitarista y pragmática se traslada al ámbito de la educación: comienza a primar el factor utilitario de la educación frente al *paidéutico*. Su resultado es nefasto: el hombre es despojado de su dignidad y convertido en un medio, ya que la educación se encuentra bajo los cánones de la cantidad y la productividad. A la técnica no le preocupa la integridad del hombre sino la eficiencia y la productividad. Por lo tanto, en la medida en que la educación no descubra al hombre la existencia de un mundo interior en que se encare a sí mismo y en el que debe aprender a recogerse interiormente, esa educación, consideramos, no merece tal nombre.

Palabras clave: Tiempo – modernidad – educación

Abstract

During modernity, a huge amount of changes (or ruptures) was developed. With them arose the ideal of progress that would permeate all the environments of the time. We perform an analysis of one of the changes, namely, the notion and the attitude with respect to time. We will try to show how an acceleration of time is presented, especially since the Industrial Revolution, compared to previous times. We will explore how the development of science and technique plays a main role in this hurrying, and certain disorder occurs with the existence of man. Concomitantly and as a consequence, we will show in what way this utilitarian and pragmatic logic is translated into the field of education: the utility factor of education begins to prevail against one *paidético*. Its result is disastrous: man is stripped of his dignity and converted into a mean; since education is under the canons of quantity and productivity. The technique is not concerned with the integrity of men but with efficiency and productivity. Therefore, while education does not discover to men the existence of an inner world in which they faces themselves, and in which they must learn to withdraw to their interiors, that education, we consider that, does not deserve such a name.

Keywords: Time - modernity - education

“¿Qué es, pues, el tiempo?
Sé bien lo que es, si no se me pregunta.
Pero cuando quiero explicárselo
al que me lo pregunta, no lo sé”.
San Agustín, *Confesiones*

Familiarmente extraño, enigmáticamente obvio. El tiempo nos atraviesa de palmo a palmo.

¿Qué es el tiempo? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo transcurre? ¿Qué relación tiene con las cosas del mundo y sus movimientos? ¿Cómo incide en el sentido de nuestras vidas? ¿Qué relación tiene con la eternidad? Son muy viejas preguntas a las que el ser humano ha intentado responder con sus mitos, sus filosofías, sus teologías y también con sus ciencias empíricas más avanzadas, como la física.

Digamos más: ¿Por qué hoy parece que tenemos menos tiempo? ¿Cómo fue posible la aparición del “estrés del tiempo” en nuestra cultura occidental? Estos interrogantes permitirán abordar la temática del tiempo en la

modernidad, donde podremos observar que existe un especie de “aceleración del tiempo” a raíz de una nueva forma de entender el tiempo. Esta nueva manera de entender el tiempo, ¿en relación a qué difiere? Y por otro lado, ¿cómo afecta a la educación este modo actual de comprender y significar el tiempo?

I. Advertencia y paralelismo con el tiempo en Grecia

En la Antigua Grecia pueden reconocerse ciertas variaciones en torno a la concepción del tiempo, sobre todo según una doble perspectiva: *chrónos* y *aiôn*¹. El uso del primer término es fácil de encontrar en la poesía homérica. *Chrónos* será el concepto elegido para designar el tiempo ilimitado, el tiempo más abstracto. Su dios, claro, será Cronos.

Según comenta Hesíodo en *Teogonía* (2008: 38), este dios devora a sus hijos una vez que logra derrocar a su padre, para evitar la profecía de su madre Gea que aventuraba su caída en desgracia a manos de uno de ellos. Cronos es tirano y destructor, el devorador, el que desde una muerte a otra consigue afianzar su eternidad. Es el dios de la destrucción temporal mostrándose despiadado ante con toda amenaza.

En cambio, *aiôn* en su significado más arcaico (Campillo, 1991:40) es el tiempo de la vida, aliento o fuerza vital, y por extensión el de duración o perduración de la vida. Más tarde “pasó a designar las grandes eras; (...) e incluso el Tiempo como vida siempre viva, sin principio ni fin, esto es, la Eternidad” (Campillo, 1991:40). Así lo expresará Platón en el *Timeo* (37d-e): “Por esta razón, su autor se preocupó de hacer una especie de imitación móvil (*chrónos*) de la eternidad (*aiôn*) y, mientras organizaba el cielo, hizo, a

¹ También podemos nombrar a *kairós*, pero no es necesario hoy hablar de esta manera de decir tiempo.

semejanza de la eternidad inmóvil y una, esta imagen eterna que progresa según las leyes de los Números, esto que nosotros llamamos el Tiempo”.

Esta concepción de Tiempo en Platón, según expone Campillo (1991: 43), trae ciertas implicancias. Entre estas dos dimensiones -la una, simultánea, inmóvil, absoluta, infinita; la otra, sucesiva, móvil, finita, relativa- se da una oposición entre eternidad y tiempo, a la cual le corresponde una oposición paralela entre la verdad y la apariencia, la ciencia (*epistéme*) y la opinión (*dóxa*), la sabiduría (*sophía*) y la experiencia (*empeiría*), la inteligencia (*noûs*) y la sensación (*aísthesis*). A su vez, se puede reconocer una jerarquía entre *aiôn* y *chrónos*, a la cual le corresponde una escala en las actividades del hombre: la contemplación (*theoría*) es más excelente o elevada que la acción, y la acción moral y política (*práxis* y *politeía*) es a su vez más elevada que la acción productiva y técnica (*poíesis* y *téchne*).

Con la modernidad esta jerarquía se invierte: pasará a ser más importante la acción productiva y técnica y la contemplación será poco a poco erradicada por “improductiva”. Veamos algunas implicancias.

II. Tiempo y modernidad

A partir de la Modernidad, pero en especial con la Revolución Industrial, se hace posible una aceleración del tiempo. Hay que considerar el siglo XVIII como el período en el que se impuso a los hombres la disciplina del tiempo como jamás se había dado en la historia de la humanidad. Eliade (1983: 156) dirá: “Por primera vez el hombre asumió el durísimo trabajo de ‘hacer las cosas mejor y más deprisa que la naturaleza’”. El proceso de industrialización que comienza a implantarse quiere asemejar el tiempo humano al de las máquinas. De esa forma, el dispositivo industrial que es un imperativo económico-temporal, forma al hombre de acuerdo con el ritmo de los aparatos técnicos. Además se moraliza el tiempo para que se imponga como

un hábito cultural la idea de que quien pierde tiempo² se acerca a la condición de animal. Observamos, entonces, que el tiempo –su concepción– se transforma, que este tiempo *no sólo* es tiempo, sino que el tiempo *es dinero*. La productividad y la eficiencia serán dos de las metas claves de este momento y se prolongarán hasta nuestros días.

En la sociedad industrial, el tiempo es el gobernante supremo. De esta forma los compases de la vida son asimilados al tiempo del reloj, la agenda se convierte en ley y el dinero en tirano. Bien ha dicho Plattner (1995: 16-17): “Difícilmente habrá otro instrumento técnico, que condicione tanto nuestras vidas como el reloj. No podemos eludir el tiempo del reloj. El tiempo del reloj regula nuestros tiempos de trabajo y descanso”. En estas condiciones, el tiempo no solo sería un tiempo uniforme y monótono, sino además vacío. Unos versos de Baudelaire describen claramente el tedio que produce el tiempo crónico: “Nada más largo es que las renegas jornadas,/ cuando bajo los gruesos copos de las nevadas,/el tedio, fruto de la sombría incuriosidad,/ toma las proposiciones de la inmortalidad”.

Esta sensación de tedio, vacío y aburrimiento es *satisfecha* por el dinero. El tiempo se convierte así en una mercancía. Para que se tenga una idea de esto, hoy que hasta el *tiempo libre* es organizado, estructurado en favor del consumo, así explica Bolte (1970: 66): “La creciente importancia del tiempo libre ha conducido a la creación de toda una industria para estos fines. Los ‘consejeros para el tiempo libre’ se están convirtiendo en un importante grupo de nuestro mundo profesional”.

² Esta idea de perder el tiempo (*scholén agein*) en la Antigüedad era considerada positiva. Retirarse de los menesteres cotidianos para vivir plenamente la vida espiritual en el ocio (*scholé*).

Nada escapa, entonces, a la agenda del trabajo. Existe una primacía de la acción: la vida se diseña para que el hombre haga muchas cosas en poco tiempo.

III. La gran promesa y los desajustes entre la existencia y la técnica

A partir del siglo XVIII la idea del Progreso fatal y continuo impregnará los ambientes más diversos. Desconocida esta idea en la Antigüedad, en la Edad Media y Renacimiento -consagrado a la admiración casi idolátrica de la Antigüedad-, se le dará un primer impulso en el XVII, con F. Bacon y R. Descartes. El objetivo esencial para este último era transformar la naturaleza y hacer al hombre amo de todo por medio de la ciencia y de la técnica. Las nuevas formas de producción necesitaban de un conocimiento empírico y no meramente contemplativo. Así, poco a poco la empresa científica se transforma en un culto³, puesto que se ha hecho portadora de un paraíso en la tierra.

Con esta *gran promesa*, la de dominar la naturaleza, de la abundancia material, de la mayor felicidad para el mayor número de personas, y de la libertad personal sin amenazas, se sostuvo la esperanza y la fe de la gente. El progreso de las ciencias físicas y naturales determinaría el progreso de la Humanidad presente y futura, haciendo creer que la técnica nos haría omnipotentes y que la ciencia nos volvería omniscientes. La *razón*, paradójicamente, tiene el gran poder de producir artefactos técnicos, pero a la vez se siente incapaz de dar respuesta a cuestiones que son vitales para el hombre, a cuestiones que explican nada más y nada menos que su razón de ser en el mundo. Es justamente aquí donde comienzan los desajustes entre la *existencia* y la *técnica*.

³ La ciencia se desliza a su forma más conocida, el *cientificismo*, es decir, el dominio de la ciencia de laboratorio sobre todos los dominios del pensamiento y de la conciencia del hombre.

Uno de estos desajustes, que se presenta entre la técnica y el hombre, viene de la diversidad de sus tiempos. El tiempo de la innovación tecnológica difiere del de la naturaleza y también del humano.

Otrora los hombres se regían por los ritmos de la naturaleza y por las tareas por cumplir; por ejemplo, labrar el campo mientras había luz diurna y lo permitían las propias fuerzas operativas. Con la llegada de la industrialización mucha gente marchó a las ciudades en número cada vez mayor. *Se liberaron* así de los ritmos de la naturaleza y cada vez se independizaron más de ellos... El reloj se convirtió en símbolo de la vida reglada y ordenada. Cambió así, no tan solo de manera decisiva la concepción del tiempo, sino la actitud frente al tiempo. Este se convirtió en un *bien precioso* que se podía explotar.

Merece nuestra atención la importante invención del reloj mecánico el cual, según Lewis Mumford (1992: 31) es “la máquina clave de la moderna edad industrial”, dejando relegada a un segundo plano a la máquina a vapor. Tal vez dicha afirmación sea un poco excesiva pero no por ello menos cierta. ¿Qué efectos tuvo la invención y difusión del reloj mecánico en la actitud del hombre frente al tiempo? Su invención y difusión contribuyó, por una parte, a que en nuestro círculo cultural occidental la gente desarrollase una conciencia del tiempo que pasa. Del ritmo natural día-noche al día de veinticuatro horas iguales. El reloj implica homogeneidad, regularidad, precisión, orden, todo lo necesario para un trabajo productivo.

El reloj, poco a poco, impone su orden e imprime una concepción de tiempo fragmentado y regulado; no hay tiempo que perder porque el progreso no espera. De esta manera el pobre ser humano termina siendo el prisionero imperfecto de un instrumento perfecto. El ritmo de la técnica, al compás del tic-tac del reloj, es más rápido que los ritmos de la naturaleza. A la técnica le importa el tiempo presente, el de la utilidad. Por tanto, el prodigio técnico no siempre aspira a la perfección del hombre total. El destino de ese prodigio innovador pareciera otro: que sus productos rivalicen encarnizadamente

entre sí para hacer una entrada triunfal en el mercado. Lo trágico es cuando esta lógica se traslada al campo de lo educativo: se quiere hacer del hombre un producto que compita encarnizadamente por un puesto laboral, en vez de un hombre que busque aquella perfección total que, como decían los antiguos, radica en conocer la Verdad, el Bien y la Belleza. La educación asimila de esta forma, tal vez exageradamente, el espíritu de innovación instrumental y se encuentra atrapada y empeñada en reformas exclusivamente metodológicas. Esta mentalidad, sucedánea de la lógica de la utilidad, ha ido separando a la misma pedagogía del cuerpo vivo de la cultura, llegando a encapsularla en su aislada eficiencia, conforme a cánones pragmáticos que poco tienen que ver con un programa formativo y auténticamente *paidéutico*: el hombre moderno no aprende más por aprender, siempre calcula la *utilidad* de lo que conoce.

Ahora bien, estas visiones sobre la técnica no aluden a un hecho irremediable. Solo se quiere llamar la atención sobre un inmenso equívoco: el de la idolatría o fetichismo de la técnica. La forma de vida edificada sobre intereses materiales, tecnológicos, industriales, sobre el éxito y el dinero, ha empobrecido radicalmente al hombre. Por tal motivo no hay que subordinar más el desarrollo humano al económico; debemos invertir esto y subordinar el económico al humano. En la medida en que la sociedad no re-descubra al hombre los fines últimos y altísimos a los que está destinado y, también, en la medida en que la educación no descubra al hombre la existencia de un mundo interior en que se encare a sí mismo y en el que debe aprender a recogerse interiormente, esa educación, consideramos, no merece tal nombre.

IV. El vacío de la técnica

Como muestra el derrotero de la técnica, tenemos a nuestra disposición una cantidad y una variedad de bienes materiales que el hombre no solo no tuvo jamás en el pasado, sino que no imaginó que podría obtener ni siquiera en

los sueños más osados. Estas conquistas son tan aceleradas, que hemos progresado más en cuarenta años que en veinte siglos. Y, a pesar de esto, nos sentimos más que nunca insatisfechos. ¿Qué sucedió en realidad? “Sucedió que la abundancia de los bienes materiales, en lugar de llenar al hombre, lo han vaciado. Ha minado y, por tanto, ha comprometido su consistencia y su espesor moral” (Reale, 2000: 98). Se ha abandonado lo esencial por lo superficial, lo sustancial por lo accidental, lo profundo e interior por la vida en la epidermis existencial.

Y dentro de esta lógica, toda realidad, incluida la mismísima persona humana, tendrá siempre razón de medio. Hoy el desarrollo tecnológico ha domesticado a los humanos poniéndolos al servicio de la máquina; es decir, a obedecer a la lógica de las máquinas, que es la hiper-especialización, la cronometrización y el mecanismo o determinismo mecanicista.

La acción, sin duda, nos perfecciona, pero el continuo hacer por hacer y para acumular riquezas nos destruye, hace estragos: nuestra visión de la realidad termina empobreciéndose, ya nada nos dice nada, se hace imposible descubrir detrás de las cosas esa realidad misteriosa que descubren los poetas, el alma se achica, el paso del tiempo pesa enormemente y los días se convierten en momentos vacíos.

V. El hombre despojado de su condición de fin en sí mismo

Este dominio portentoso de la naturaleza, ya pregonado por Descartes y Bacon, entre otros, a través de la ciencia y la técnica trae consigo, como hemos venido explicando, la manipulación no tan solo de las cosas de la naturaleza, sino también de las personas. Estas dejan de ser fines en sí mismo y en la “lógica del trabajo” se convierten en medios, en cosas que se pueden usar. Por ello la actitud frente al trabajo juega un papel decisivo, pues la alta valoración del trabajo llegó a convertirse en un fin en sí mismo. En consecuencia, “el mundo del trabajo comienza a ser y amenaza con volverse cada vez más exclusivamente nuestro mundo en absoluto. La pretensión del

mundo del trabajo es cada vez más total, alcanza cada vez más la totalidad de la existencia humana” (Pieper, 2010: 88).

Nuestra actividad práctica llena el vacío de nuestra jornada: nos hallamos absorbidos por nuestras acciones y, durante buena parte de nuestra existencia, más que vivir, *somos vividos* por la vida misma.

Está por completo lejos de nuestra intención menospreciar este mundo de la jornada laboral. No hace falta decir que este mundo del trabajo cotidiano pertenece esencialmente al mundo del hombre. Pero, como seres conscientes, no podemos obrar sin preguntarnos por qué y para qué obramos, la razón de nuestra actividad práctica. Del porqué y el para qué de la acción depende la orientación de la vida del hombre; y así, cuanto más alto y más noble es el fin que el hombre se propone conseguir, más conforme con su naturaleza espiritual y racional es la acción práctica, pues la auténtica riqueza del hombre no está en la satisfacción de sus necesidades ni tampoco en que lleguemos a ser señores y poseedores de la naturaleza, sino en que seamos capaces de ver lo que es, la totalidad de lo que es.

Por ese motivo, debemos saber que la ciencia y la técnica nos pueden enseñar aproximadamente cómo estamos aquí, pero no por qué estamos, ni adónde vamos, ni qué fines debemos dar a nuestras vidas y a nuestras sociedades. Hay que detenerse un instante y reflexionar para poder distinguir entre lo que vale la pena y lo que no para, de esta forma, volver a lo esencial, a lo que verdaderamente nos enriquece.

VI. Tiempo y escuela

Cuando nos adentramos en la vida cotidiana de las escuelas, encontramos sin grandes dificultades una amalgama de términos que nos invocan, de un modo u otro, el tiempo y cómo este se ordena. La vorágine diaria para quienes trabajan en el ámbito educativo los lleva a convivir con diseños curriculares, planificaciones, evaluaciones, clases, que constituyen un

cúmulo de cuestiones que tratan de regular las experiencias educativas. La velocidad de la información, la sucesión de disposiciones reglamentarias, leyes, decretos, planes de estudio, programas diversos, suelen ser medios que confunden en vez de orientar.

Ese vértigo que la vida moderna, atrapada en el tiempo del reloj, hace que corramos de un lado a otro, de una escuela a otra o de una materia a otra en una carrera desenfundada por no perder tiempo, por no quedarnos sin tiempo, por cumplir con todo. Lo que se pone en juego es el tiempo, la vivencia del tiempo. La conciencia viva de nuestra temporalidad será el desafío cotidiano para no caer en una actitud de olvido alejada de la reflexión de lo que hacemos. El pensar requiere un ejercicio explícito, no basta con el continuo hacer. Es necesario reposar en el sosiego del pensar.

Si bien el tiempo y su ordenamiento han existido a lo largo de la historia, con la Modernidad se va dando origen a una nueva temporalidad escolar, conforme a los renovados criterios curriculares y disciplinarios que empiezan a afirmarse en las teorías y prácticas educativas desde el Renacimiento. A ellos vendrán a sumarse otros factores de naturaleza económica, política, social, científica y de la organización de las unidades de producción. Estas innovaciones afectaron, como es obvio, a la división del tiempo y del trabajo en la escuela y llegaron a crear las bases para distribuir el *currículum* en cursos académicos regulados, en cuanto a su duración y sucesión, conforme a determinadas convenciones. El tiempo es el encargado de administrar lo que se ha de hacer en cada momento de la jornada escolar.

El tiempo cronológico, cuantitativo, mensurable del que venimos dando cuenta se manifiesta abiertamente en la educación porque en un mundo ocupado solo de utilidades, el pensamiento es obliterado y el totalitarismo de las pulsiones se extiende como una mancha de aceite que avanza a la par del ostracismo del pensar. Al parecer, en nuestra escuela ya no se habla tanto de aprender a pensar como de aprender a hacer... aprender a hacer para

tener una salida laboral. Respecto a esto coincidimos con Coutel (2006: 46) cuando dice que “actualmente el recurso sistemático al término ‘profesional’ inscribe la destinación emancipadora de universitarios y de la escuela en general en el único horizonte de la producción material y de la adaptación al mercado”.

La vida humana es, pues, absolutamente empobrecida; se desarrolla dentro de los estrechos límites de la lógica de la utilidad, perdiendo las dimensiones esenciales de la existencia que hablan de verdad, de bien y de belleza. El ojo del hombre sólo puede ver cantidades e intereses mezquinos. El espíritu geométrico ha ahogado por completo al espíritu de fineza, como decía Pascal.

Dentro de la lógica pragmático-utilitarista, que se ha instalado cómodamente dentro de nuestro ámbito educativo, cuando se reflexiona acerca de la educación se la piensa en términos puramente bajo la razón de *ser medio para*. Podemos observar cómo la educación es una herramienta de fundamental importancia para construir o reconstruir identidades culturales. Otras veces, es el instrumento concebido en función de la liberación política y, por supuesto, la educación es pensada en función de intereses y aspectos económicos haciendo de ella furgón de cola del proceso tecnológico y económico. Baste ver los diferentes tipos de publicaciones y leyes que se deben ir moldeando a las exigencias económicas y sociales urgentes (*nec-otium*). De este modo se reduce la *formación* a un carácter puramente pragmático y utilitarista; por tal motivo, en sentido estricto, el concepto griego de formación –*bildung*- no puede aplicarse aquí.

Es el auge del *homo-economicus* y también del *homo-faber*. ¿Acaso no se plantean a diario *salidas laborales*, contenidos técnicos, carreras breves de productividad inmediata? Poco a poco se ha ido formando un nuevo tipo de hombre, lejos de la vida ociosa, inmerso en el uso y la fabricación de las cosas:

El hombre de hoy ya no se define por su ser, sino principalmente por su hacer. Hoy el significado del *homo faber* define la inteligencia como la capacidad de fabricar objetos artificiales, y en particular, utensilios que sirvan para hacer utensilios. El *homo faber* de la era tecnológica, es pues, esencialmente, un creador de artefactos. Lo artificial ocupa una posición cada vez más vasta, no sólo cuantitativamente en esta vida, sino cualitativamente más importante y decisiva” (Cotta, 1970: 45).

De esta manera la educación se encuentra encadenada al proceso de trabajo que “es el estar atado al proceso total de utilidad, y es, además, un estar atado de tal grado que el espacio vital del hombre que trabaja se consume en él” (Pieper, 2010: 187). Cuando la educación se desarrolla dentro de los estrechos límites de la lógica de la utilidad, se van perdiendo las dimensiones esenciales de la existencia. Cuando el trabajo aparece como fin de la educación y de la existencia personal diaria, la persona es reducida a instrumento, a una cosa que se puede utilizar, a un medio; así, entonces, no solo la persona no puede realizarse como tal, sino que la cultura misma se ahoga. A esto habría que contraponer que la verdadera vida no está tanto en las necesidades utilitarias, de las que nadie puede escapar, sino en el propio desarrollo y en la calidad poética de la existencia. La educación debe ser vista como *la encargada de esculpir al hombre mismo*, el cual busca dar satisfacción a sus exigencias más profundas.

Lo que hemos dicho nos lleva a dejar este trabajo abierto a otras preguntas: ¿No es hora que la escuela se piense fuera de la lógica pragmático-utilitarista? ¿Por algún motivo debemos aceptar que el hombre sea un medio, un instrumento, una herramienta de y para el trabajo, sumida al tiempo cronológico de la agenda y el reloj?

Fuentes primarias

HESÍODO (2008). *Teogonía*. Barcelona: Gredos.

PLATÓN (1992). *Timeo*. Madrid: Gredos.

Bibliografía Consultada

CAMPILLO, Antonio (1991) *La(s) otra(s) Historia(s)*. *Aiôn, Chrónos y Kairós. La concepción del tiempo en la Grecia Clásica*. España: Universidad de Murcia.

- COTTA, Sergio (1970). *El desafío tecnológico*. Buenos Aires: Eudeba.
- COUDEL, Charles (2006). *¿Por qué aprender?* Buenos Aires: Ediciones del signo.
- EGGERS LAN, Conrado (1984). *Las nociones de tiempo y eternidad de Homero a Platón*. México: Universidad Autónoma de México.
- ELIADE, Mircea (1983). *Herreros y alquimistas*. Madrid: Alianza.
- GRIMAL, Pierre (2005). *Diccionario de mitología griega y romana*. 6ª ed., Buenos Aires: Paidós.
- MARTÍ GARCÍA, Miguel (2006). *El tiempo, su paso por la existencia humana*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- MUNFORD, Lewis (1992). *Técnica y civilización*. Buenos Aires: Alianza.
- PIEPER, Josef (2010). *El ocio, fundamento de la cultura*. Buenos Aires: Librería Córdoba.
- PLATTNER, Ilse (1995). *El estrés del tiempo*. Barcelona: Herder.